

IMPRIMIR

LA CONFESION DE PELINO VIERA

GUILLERMO ENRIQUE HUDSON

Editado por
elaleph.com

© 2000 – Copyright www.elaleph.com
Todos los Derechos Reservados

GUILLERMO ENRIQUE HUDSON

Nació en Quilmes, Provincia de Buenos Aires, el 4 de agosto de 1841. Obras escritas en inglés: *Birds of La Plata*, *The Naturalist of U Plata*; *Idle Days in Patagonia*; *A Hind in Richmond Park*; *Far Away and Long Ago*; *The Purple Land*; *El Ombú*, *Story of a Griebald Horse* y *Marta Riquelme*. Falleció en Londres, el 18 de agosto de 1922.

La mayoría de sus libros, los consignados, aquí no completan su “*opera omnia*” han sido traducidos al castellano.

Hudson, excelente narrador de paisajes y hechos de la pampa argentina, es una presencia actuante en nuestra literatura.

Será necesario informar al lector, poco familiarizado probablemente con los acontecimientos políticos del año 1829 en Buenos Aires, que el fin de este año fue más memorable por los tumultos de carácter revolucionario que los demás. Mientras duraron estos disturbios, los detenidos de la prisión de la ciudad, aprovechándose de la agitación de fuera y de la debilidad de su guardia, intentaron recobrar su libertad. No obraban sin precedente, y si las cosas hubiesen seguido su curso usual, hubieran conseguido colocarse, sin duda, fuera de la, tiranía opresiva de las leyes criminales. Desgraciadamente para ellos, la guardia los descubrió a tiempo y les hizo fuego; varios fueron muertos o heridos, y al cabo fueron vencidos; pero no antes de que media docena de ellos hubiesen conseguido fugarse.

Entre los pocos favorecidos de la fortuna se hallaba Pelino Viera, preso que había sido encontrado culpable, sin circunstancias atenuantes, de haber asesinado a su mujer. A pesar del estado desordenado del país, la tragedia había producido gran sensación, debido a las circunstancias inusitadas que la acompañaban.

Viera era un joven de buena posición y estimado por todos a causa de la dulzura de su carácter; se había casado con una mujer bellísima, y todos los que le conocían creían que le profesaba el más tierno amor. ¿Cuál fue, pues, el móvil del crimen? El misterio quedó sin resolución en el proceso, y el elocuente abogado que defendió a Viera

se encontró evidentemente» en grandes aprietos, pues la teoría que estableció fue calificada por el juez de Primera Instancia, que presidió el proceso, de inverosímil, y hasta absurda. Se trataba de hacer pasar a la mujer de Viera por sonámbula; que vagando por su dormitorio había dejado caer un espadín que estaba colgado de la pared, y que, al caer, le atravesó el pecho, y que Viera, fuera de sí por tan repentina y terrible calamidad, no había podido dar cuenta de lo que había sucedido, sino que había disparatado incoherentemente cuando lo encontraron inclinado sobre el cadáver de su esposa. El acusado mismo no quería despegar los labios para confesar, ni para negar su crimen, pero aparecía, mientras duró el proceso, como quien está agobiado por una gran desesperación. Fue, por consiguiente, sentenciado a ser fusilado; los que le vieron regresar a su calabozo sabían muy bien que no había ninguna probabilidad de que conmutara la pena, ni aun en un país donde a menudo se consigue el perdón con sólo pedirlo; pues los pacientes del desgraciado se hallaban a muchas leguas de distancia e ignoraban su desesperada situación, mientras que los parientes de su mujer no tenían más anhelo sino que le aplicaran la última pena.

Inesperadamente, cuando el joven asesino de su esposa imaginó que sólo le quedaban dos días de vida, sus compañeros de prisión le sacaron del calabozo y desde aquel momento desapareció totalmente. Escondida en el jergón que había ocupado se encontró la confesión siguiente, escrita con lápiz en unos cuantos pliegos de papel de Barcelona, que era costumbre dar a los presos para hacer sus cigarrillos.

El alcaide había conservado el manuscrito con otras curiosidades de la prisión y después de su muerte, que ocurrió hace muchos años, cayó por casualidad en mis manos.

No voy a estremecer al lector esclarecido y científico, expresando creencias en esta confesión, sino presentársela fielmente. La hechicería está muerta y sepultada en Inglaterra, y si alguna vez sale, de su sepultura cubierta de yerbas, llega hasta nosotros con nombre nuevo y bonito, y no se la puede reconocer cómo esa cosa maléfica que solía turbar la paz de nuestros antepasados. Pero en el país de Polino Viera esto todavía una realidad y un poder. Es cosa común allí el ser alarma-

do a media noche por agudas y estridentes carcajadas histéricas que se oyen en las nubes; esto se llama la carcajada de las brujas, y algo de lo que se supone ser causa de ella puede verse en lo que sigue.

Mi padre vino a esta ciudad, cuando todavía era muy joven en calidad de agente de una casa de comercio de Lisboa.

Con el tiempo prosperó mucho y durante más de veinte años figuré como uno de los principales comerciantes de Buenos Aires. Al fin resolvió abandonar los negocios y pasar el resto de sus días en su país.

La idea de ir a Portugal era intolerable para mí; yo era argentino de nacimiento y educación y consideraba a los portugueses como un pueblo de que sólo sabíamos que eran de la misma raza que los brasileños, nuestros enemigos naturales. Mi padre cedió y resolvió dejarme; tenía nueve hijos y no le costaba mucha pena privarse de mí; mi madre tampoco consideraba nuestra separación como una calamidad, pues yo no fui nunca su hijo favorito. Antes de embarcarse, mi padre tomó sus medidas para que nada me faltara en su ausencia. Sabiendo que yo prefería la vida del campo, me dio una carta para don Pascual Roldán, rico propietario de los Montes Grandes, distrito de pastoreo al Sur de la Provincia; y me dijo que fuera a vivir con Roldán que sería un segundo padre para mí. También me dio a entender que dejaba depositada en manos de su viejo amigo una suma de dinero para que yo comprara algunas tierras.

Después de despedirme de los míos a bordo, remití una carta a don Pascual anunciándole mi próxima visita, y pasé unos cuantos días haciendo los preparativos para mi vida de campo.

Mandé mi equipaje por la diligencia y procurándome luego un buen caballo, salí de Buenos Aires con idea de viajar a mi gusto hasta el Espinillo, donde estaba la propiedad de Roldán. Atravesaba lentamente los campos, informándome de mi camino y pasando la noche en alguna aldea o alguna estancia.

En la tarde M tercer día llegué a ver el Espinillo; un peón me lo indicó; sólo se vela una franja azul de árboles en el lejano horizonte.

Hallándose cansado mi caballo, a poca distancia de mi camino me apeé y seguí andando por entre árboles de tala.

Aquí el ganado había hecho desaparecer el pasto. Profundo silencio reinaba en la tierra; no se oía más que el murmullo lejano del ganado y a veces un ave silvestre rompía a cantar cerca de mí. Esta tranquilidad de la naturaleza alegró mi corazón; no podía yo desear mejor acogida.

Repentinamente oí agudas voces de mujeres que discutían; parecía que estaban muy enojadas y algunas de las expresiones que empleaban eran terribles. No tardé en encontrarlas.

Una de ellas era una vieja marchita, de cabellos blancos, harapienta y llevaba en los brazos un haz de palos secos. La otra era joven y vestía traje verde oscuro; estaba pálida de cólera, y la vi asestar a la vieja un golpe tal que la hizo bambolearse y soltar el manojo de palos.

En este momento me divisaron.

La joven tenía un chal gris con franja verde en el brazo, y al verme se ocultó la cara con él y desapareció por entre los árboles. La otra recogió como pudo la leña y se escapó en dirección opuesta. Cuando me acercaba a ella apretaba el paso y me dejaba atrás.

Continué mi jornada, y saliendo al poco tiempo del camino me encontré delante de la casa que buscaba.

Don Pascual no había visitado a Buenos Aires hacía muchos años, y ya no le recordaba.

Era un señor entrado en años, robusto, de cabellos blancos que usaba largos, de rostro agradable, franco y fresco. Me abrazó con alegría, me hizo cien preguntas y charló y se rió incesantemente, tal era la alegría que le producía mi visita. Luego me presentó a sus hijas, cuya sincera acogida me sorprendió y me halagó.

Don Pascual tenía un carácter alegre y vivo, y al ver mis blancas manos me preguntó si podría sujetar a un caballo duro de boca o enlazar a un toro por las astas.

Después de las comidas, cuando todos estábamos sentados en el corredor, disfrutando del aire de la tarde, empecé a fijarme más en sus hijas. La menor, que se llamaba Dolores, tenía una cara agradable, ojos grises y cabellos castaños.

Separada de su hermana hubiera parecido bonita.

Su hermana Rosaura era hermosa y de majestuoso porte, y con su dulce gracia y viveza no tardaba en cautivar los corazones. Sus ojos eran negros y apasionados, sus facciones perfectas; nunca había yo visto nada que se pudiera comparar con la riqueza de su semblante, sombreado por frondosa cabellera negra.

Procuré reprimir la admiración espontánea que sentía. Yo deseaba contemplarla con tranquila indiferencia o únicamente con un interés semejante al que siente por las flores raras y bonitas el entendido en plantas. Si nacía en mí un pensamiento de amor, yo le consideraba como un pensamiento pecaminoso, y luchaba por desasirme de él.

¿Era posible alguna defensa contra tanta dulzura? Ella me fascinaba. Cada mirada, cada palabra, cada sonrisa me atraía irresistiblemente hacia ella.

La lucha, empero, que se efectuaba en mi pecho no cesaba. ¿Qué razón hay para esta falta de voluntad para someterme?, me preguntaba yo. La contestación tomó la forma de una sospecha dolorosa. Yo recordaba la escena aquella del monte de tala y me imaginaba ver en Rosaura a aquella encolerizada doncella del traje verde.

Inmediatamente alejé tan injusta sospecha de mi pensamiento.

Estuve a punto de contarle lo que había presenciado. Repetidas veces intenté hablarle de ello, pero si bien yo rechazaba la sospecha, no por eso dejaba de existir y de paralizar mi lengua.

Durante muchos días me tuvieron inquietos estos pensamientos y me hacían esperar con anhelo la aparición del traje verde y del chal de verde franja.

No los volví a ver.

Pasaron los días, las semanas y los meses agradablemente; hacía un año entero que yo vivía en el Espinillo. Roldán me trataba como a un hijo amado.

Yo hacía las veces de mayordomo de la estancia y la vida libre de las pampas me era cada vez más querida. Yo comprendía porque aquellos que la han probado una vez no se encuentran nunca satisfechos en otra parte. Los lujos artificiales de las ciudades, la excitación de la política, las delicias de viajar, ¿qué son comparados con aquella vida?

Sus hermanas eran mis compañeras constantes; con ellas cabalgaba, paseaba, cantaba o conversaba a todas horas del día. Dolores era mi dulce hermana y yo su hermano; pero Rosaura... bastaba que te tocara la mano para que se me inflamara el corazón; temblaba y no podía hablar de alegría. Y ella no dejaba de amarme también. ¿Cómo podía yo dejar de observar el rico color que cubría sus frescas mejillas, el fuego que ardía en sus negros ojos cuando me acercaba a ella ?

Una noche. Roldán entró precipitadamente, lleno de feliz excitación.

¡Pelino, exclamó, te traigo buenas noticias! La propiedad que linda con la mía por el oeste está en venta, dos leguas de tierra magnífica de pastoreo. La cosa no podía ser mejor. El Verro, una corriente perenne, tenlo en cuenta, atraviesa todo el campó ¿Quieres empezar a vivir por tu cuenta? Te aconsejé que compres, que edifiques una casa conveniente, que plantes árboles y hagas un paraíso. Si no tienes bastante dinero permíteme que te ayude. Yo soy rico y tengo pocas bocas a que dar de comer.

Hice Ip que me aconsejaba: compré el campo, edifiqué casas, y aumenté la hacienda. El cuidado de mi nuevo establecimiento, que bauticé con el nombre de Santa Rosaura, ocupaba todo mi tiempo, de manera que mis visitas a mis amigas eran cada vez menos frecuentes.

Al principio, apenas podía vivir alejado de Rosaura; su imagen no se apartaba de mí; el deseo de estar con ella era tan intenso que me adelgacé, palidecí, y estaba extenuado. Me sorprendió, por lo tanto, el encontrar que tan gran anhelo se desvanecía rápidamente. Mi espíritu volvió a quedarse tan sereno como antes de que aquella gran pasión empezara a intranquilizarme. Al mismo tiempo, sin embargo, yo sentía que sólo cuando me hallaba lejos de Rosaura podía existir este sentimiento de libertad, así es que mis visitas empiezan a disminuir más y, más.

Hacía cuatro meses que me encontraba en Santa Rosaura cuando Roldán vino a visitarme un día. Después de admirar todo lo que yo había hecho, me preguntó, cómo llevaba yo mi vida solitaria.

Ya ve usted repliqué. Echo mucho de menos a cada hora del día su agradable sociedad.

La cara del anciano se nubló, pues era orgulloso y apasionado por naturaleza.

¿Y nada le importa a usted la sociedad de mis hijas, Pelino? me preguntó con entereza.

¿Qué le diré yo ahora?", me dije para mis adentros, sin hablar palabras.

¿Pelino me preguntó, no tienes nada que contestarme? Yo he sido un padre para ti. Soy viejo y rico, y ten presente que soy orgulloso. ¿No lo he visto todo desde el día en que llegaste a mi puerta? Has ganado el corazón de la hija que yo idolatro. Nunca te dije una palabra, recordándote de quién eras hijo y que un Viera es incapaz de una acción baja y deshonrosa.

La justa cólera del anciano y mi tímida naturaleza conspiraban contra mí.

Señor exclamé, yo sería realmente el más vil de los hombres si me hubiese dejado influenciar por otro motivo que el cariño más puro. Poseer el afecto de su hija sería para mí como el colmo de la felicidad. La he amado y la amo. Pero ¿me ha entregado ella su corazón? Mis dudas a este respecto son muy crueles.

¿Y eres tan débil que abandonas tus esperanzas por las dudas? preguntó Roldán con algo de sarcasmo Háblale, hijito, y lo sabrás todo. Y si ella llegara a rechazarte, jura por lo que creas más sagrado que te casarás con ella, aunque te rechace. Es lo que yo hice, Pelino; la mujer que yo amé, Dios la tenga en Santa Gloria, era como mi hija Rosaura.

Le tomé las manos y le expresé mi gratitud por el estímulo que me daba. La nube se desvaneció de su frente y nos separamos como buenos amigos.

Sin embargo, cuando se separó de mí, me quedé sin ánimo. La verdad era que yo amaba a Rosaura, pero me era intolerable la idea de unirme con ella.

Pero, ¿qué había yo de hacer? La alternativa me llenaba de congoja, pues ¿cómo soportar que me despreciara Roldán a quien yo que-

ría mucho, como el más vil de los hombres. No veía el medio de salir de la crítica posición en que me encontraba. Mi espíritu estaba en un espantoso tumulto, y en este estado pasé unos cuantos días con sus noches.

Procuré convencerme de que amaba a Rosaura apasionadamente, como realmente la había amado antes; y de que una vida de grande y duradera felicidad me esperaba, si me casaba con ella. Me la figuraba en mi mente como novia, disfrutaba con la imaginación de su sonrisa constante, de su belleza apasionada, sus mil encantos sin nombre.

¡Todo era en vano! Sólo la imagen de la blanca furia del monte de tala prevalecía con persistencia en mi espíritu, y el corazón se me acongojaba en el pecho.

Al fin, llevado al extremo, resolví probar la verdad de mis sospechas. Nunca me seduciría semejante diablo hasta el punto de tomarlo por esposa, aunque su hermosura superaba a la de un ángel.

Súbitamente se me presentó un medio de salvarme. Le haré una visita a Rosaura, me dije, y le contaré la extraña escena M monte de tala. Su confusión la venderá. Me afligiré, me alarmaré, me pasmaré; descubriré en ella por accidente, en apariencia, a aquel ser odioso. Entonces no se me escapará; la heriré con crueles injurias; su agitación se convertirá en rabia implacable, y nuestro asunto miserable terminará con mutuos insultos. Roldán, ignorando la causa de nuestra querrela, no podrá culparme. Habiendo considerado cuidadosamente mis planes, y preparándome para disimular, me encaminé al Espinillo.

Roldán estaba ausente. Dolores me recibió; su hermana, me dijo, estaba lejos de encontrarse bien de salud, y hacía ya muchos días que no salía de su aposento. Dije cuánto lo sentía y le envié un mensaje cariñoso. Me quedé solo una media hora, y experimenté grandísima agitación de espíritu. Iba a pasar quizá por una prueba terrible; pero la felicidad de toda mi vida dependía de mi resolución, y determiné no dejarme influenciar por ningún sentimiento de ternura.

Por fin volvió Dolores acompañando a su hermana, que con paso vacilante vino a mi encuentro. ¡Qué transformación había sufrido su rostro, cuán pálida y macilenta estaba! Y, sin embargo, nunca la había

visto yo más linda; la languidez melancólica de la enfermedad, su palidez, su triste mirada, y el tímido cariño con que me miraba, aumentaban mil veces su hermosura. Corrí hacia ella y le torné la mano, sin poder retirar mis miradas de su rostro. Durante unos momentos me permitió que le tuviera la mano, luego la retiró con dulzura. Se le entristecieron los ojos y un velo de indescriptible belleza asomó a su rostro. Cuando Dolores nos dejó solos, yo no podía disimular mis sentimientos, y le reproché con ternura el que me hubiera ocultado su enfermedad. Volvió la cabeza a otro lado y rompió a llorar, derramando un torrente de lágrimas. Le supliqué que me contara el secreto de su dolor.

Si esto es dolor, Pelino me contestó, entonces es muy dulce el padecer. ¡Oh, no sabe usted cuánto lo queremos todos en esta casa! ¿Qué sería de nuestra solitaria vida sin su amistad? Y se hizo usted tan indiferente hacia nosotros que creímos que nos abandonaba para siempre. Yo sabía, Pelino, que nunca le dije una palabra, ni abrigué un pensamiento que pudiera ofenderle, y creía que alguna cruel calumnia le alejaba de nosotros. ¿Será usted siempre nuestro amigo, Pelino; siempre, siempre?

Le contesté estrechándola contra mi pecho, estampándole cien ósculos ardientes en sus dulces labios, y haciéndole al oído mil tiernas promesas de amor eterno. ¡Qué suprema felicidad sentía yo! Consideraba como locura mi estado anterior. ¿Qué desvaríos, qué mentiras inspiradas por algún espíritu maligno, me habían hecho abrigar pensamientos tan crueles sobre aquella mujer preciosa que yo amaba, la criatura más dulce del cielo?

¡Nada; mientras viviera, volvería ya a ponerse entre nosotros!

Poco tiempo después de esta entrevista, nos casamos. Pasamos tres meses felices en Buenos Aires, visitando a los parientes de mi esposa. Luego volvimos a Santa Rosaura y volví a ocuparme en mis manadas y ganado y en los pasatiempos de las pampas.

La vida me era ya más dulce, por la presencia de la mujer que yo idolatraba. Nunca tuvo hombre alguno una esposa bella, ni más consagrada a su marido, y la prontitud, o mejor dicho, el júbilo con que ella

abandonó las comodidades y los alegres pasatiempos de la capital para acompañarme a nuestro solitario hogar en la pampa, me llenaba de grata sorpresa.

Así y todo, mi espíritu no recobraba su calma; la delirante felicidad que yo experimentaba no era prenda de vestir de uso diario, sino un traje lujoso lleno de bordados que pronto perdería su belleza.

Ocho meses habían transcurrido desde mi regreso, cuando examinándome interiormente, como acostumbra a hacerlo los que han tenido el espíritu perturbado, descubrí que ya no era feliz.

Ingrato, tonto, soñador de raros ensueños, ¿qué deseas?" me decía yo, luchando por sobreponerme a la secreta melancolía que me estaba royendo el corazón. ¿Había yo cesado de amar a mi mujer? Ella seguía siendo la misma que mi imaginación se había forjado; su dulce temperamento no conoció jamás una nube; su gracia singular y exquisita belleza no la habían abandonado; la sospecha que yo abrigué en otro tiempo parecía olvidada o sólo se despertaba en mí como el recuerdo de un mal sueño y, con todo, yo no podía decir que amaba a mi compañera. A veces pensaba yo que mi opresión era causada por una secreta enfermedad que me minaba la existencia, pues a la sazón sentía a menudo fuertes dolores de cabeza y laxitud.

No mucho tiempo después de haber empezado a notar estos síntomas que y tenía especial cuidado de ocultar a mi mujer, me desperté una mañana con una sensación triste y angustiosa en el cerebro. Noté que había en el aposento un olor particular, que parecía hacer el aire tan pesado que costaba trabajo respirar; era un olor conocido, pero no de almizcle, ni de alhucema, ni de rosas, ni de ninguno de los perfumes a que tan aficionada era Rosaura, y yo no podía recordar lo que era. Una hora permanecí en la cama sin ganas de levantarme procurando recordar en vano el nombre del olor, y con un vago temor de que empezaba a faltarme la memoria, de que me estaba sumiendo quizá en desesperada imbecilidad.

Unas cuantas semanas después se repetía la misma cosa: el despertar tarde, la opresión, el ligero olor conocido, en el cuarto. Repetía-

se esto mismo una y otra vez. Yo estaba lleno de angustia y mi salud sufría, pero mis sospechas no habían despertado del todo.

Estando ausente Rosaura registré todos los rincones de la habitación. Encontré muchos frascos de esencia, pero el olor que yo buscaba no lo pude encontrar. También encontré una cajita de ébano con incrustaciones de plata, que no pude abrir por no encontrar llave que le viniera bien y no me atrevía a romper la cerradura, pues había empezado ya a tenerle miedo a mi mujer. Mi efímera pasión se había pasado ya totalmente, el odio la había reemplazado: odio y miedo, pues ambos van siempre juntos. Yo disimulaba bien. Me fingía enfermo; cuando ella me besaba, me sonreía yo y la maldecía de todas veras; una serpiente enroscada en el pescuezo me hubiera sido menos desagradable que los abrazos de Rosaura; sin embargo, yo fingía dormir pacíficamente sobre su pecho.

Un día que salí a caballo, se me cayó el látigo; me apeé para recogerlo y pisé una plantita de verde oscuro, con largas hojas en forma de lanzas, y racimos de flores de un blanco verdoso. Es una planta conocidísima por su fuerte olor narcótico y por el jugo acre y lechoso que da el tallo cuando se estruja.

¡Ésta es! exclamé exaltado. Este es el perfume misterioso que yo buscaba. Esta cosa tan pequeña me hará descubrir otras muy grandes.

Resolví seguir adelante; pero era preciso que obrara con sigilo, como un hombre que se adelanta para matar a una serpiente venenosa y teme despertarla antes de estar pronto para asestar el golpe.

Tomé una mata de la planta y fui a consultar a un viejo puestero, que vivía en mi propiedad, acerca M nombre de a misma.

Meneé la cabeza éste y me contestó:

La vieja Salomé, la curandera, lo sabe todo. Ella le podrá decir la virtud de cada planta, cura las enfermedades y pronostica muchas cosas.

Repliqué que sentía mucho que supiera tantas cosas, y me volví a casa, resuelto a hacerle una visita.

Cerca de la casa del Espinillo existía un grupo de pequeños ranchos, arrendados por gente muy pobre que Roldán permitía por caridad

vivir allí y cuidar unas majadas sin pagar renta. En uno de estos ranchos vivía Salomé, la curandera. Yo había oído hablar de ella a menudo, pues todos sus vecinos, sin exceptuar a mi suegro, profesaban creer en su habilidad; pero yo no la había visto nunca; siempre tuve el mayor desprecio por esa gente ignorante aunque sagaz que se hace pasar por misteriosa y pretende saber mucho más que sus prójimos. En mi confusión, sin embargo, me olvidé de mis prevenciones y me apresuré a ir a consultarla. Al entrar en su choza me sorprendió el reconocer en Salomé a la vieja que yo había visto en el monte de tala a mi llegada al Espinillo. Me senté en la calavera de un caballo asiento único que podía ofrecerme y empecé diciéndole que hacía largo tiempo que la conocía de reputación, pero que deseaba conocerla más íntimamente.

Me dio las gracias secamente.

Hablé de plantas medicinales y sacándome M bolsillo una hoja de la planta de extraño olor que con tal fin llevaba yo encima, le pregunté que cómo se llamaba.

Es la Flor de pesadilla me contestó, y al ver que me estremecía, me miró maliciosamente.

Traté de reírme para apaciguar los nervios.

¡Lástima que a una flor tan bonita le hayan puesto un nombre tan terrible! dije . La flor de pesadilla ... hay que estar loco para llamarla así!. Y me podrá decir quizá por qué se llama así, ¿no es cierto?

Me contestó que nada sabía, y luego añadió encolerizada que yo iba a su casa como quien va a robar sabiduría.

No hay tal le contesté; dígame, madre, todo lo que quiero saber y le daré a usted esto entonces saqué una onza de oro del bolsillo y se la mostré.

Al verla le brillaron los ojos como luciérnagas.

¿Qué es lo que desea saber, hijo mío? me preguntó con ansiedad.

De esta flor sale por la noche un espíritu maligno que me persigue cruelmente repliqué. No quiero huir de él. Déme usted fuerza para resistir, pues me atrofia los sentidos.

La bruja se excitó de una manera extraña al oír mis palabras; dio un salto batiendo las palmas, luego soltó una carcajada tan estridente y

sobrehumana que se me heló la sangre en las venas y los cabellos se me pusieron de punta. Finalmente, se acurrucó en el suelo, murmurando con hórrida expresión de maldad satisfecha en sus ojos:

¡Ah, hermana mía o! que decía entre dientes; ah, ojos brillantes, dulces labios, por vuestra culpa me echaron y los que me conocían y me obedecían antes de que nacieras tú, hoy me abandonan y me desprecian! ¡Miserables! ¡Qué tontos son! Mira lo que has hecho; de esto ha de salir algo, algo bueno para mí, es seguro. Fue siempre audaz la chica, ahora empieza a abandonarse.

Siguió por algún tiempo hablando en ese tono, soltando de vez en cuando una carcajada sarcástica. Mucho me inquietaban sus palabras; y también ella, una vez calmada su excitación, parecía tener intranquilo el espíritu, y de vez en cuando echaba una ávida mirada con disimulo a la gran moneda amarilla que yo tenía en la mano.

Al fin se levantó, y tomando un crucifijo de madera que estaba colgado en la pared, se acercó a mí.

Hijo mío me dijo, conozco todas tus aflicciones y sé que van a aumentar. Sin embargo, no puedo rechazar el socorro que el ciclo en su infinita misericordia envía a esta anciana y desvalida. Arroddílate, hijo mío, y jura por esta cruz que aunque te suceda lo que te sucediere no descubrirás jamás esta visita, ni pronunciarás mi nombre delante de esa infame despreciadora de sus superiores, esa víbora maldita de linda cara. ¿Pero qué digo? Soy vieja, hijo mío, muy vieja, y mis sentidos se extravían. Me refería a tu dulce esposa, a ese ángel divino, a Rosaura; jura que ella no sabrá nunca que has venido a verme, pues para ti ella es tierna, buena, hermosa, y para todos es buena, sólo para mí, mujer desgraciada, es más amarga que la cicuta, más cruel que un cuervo hambriento. Me hincé de rodillas y pronuncié el juramento que me pedía.

Véte ahora me dijo y vuelve antes de la puesta del sol.

Cuando volví a la choza, la anciana me dio un manojo de hojas recién cortadas, parecía, y precipitadamente secadas al fuego. Toma éstas me dijo y guárdalas donde nadie las vea. Todas las noches, antes de retirarte, masca bien un par de ellas y trágalas.

¿Alejarán el sueño? le pregunté.

No, no dijo la bruja, con una risita al tomar la onza: No te impedirán dormir siempre que no haya ruido. Cuando huelas la flor de pesadilla ten cuidado de no abrir los ojos, y tendrás extraños sueños.

Me estremecieron sus palabras y me marché a casa. Observé sus instrucciones, y todas las noches después de haber mascado las hojas me sentía muy despabilado; sin calentura, más con los sentidos claros y aguzados. Esto duraba un par de horas, luego me quedaba tranquilo hasta por la mañana.

En la cabecera de la cama, sobre una mesita, había un crucifijo de ébano con un Cristo de oro clavado, y Rosaura tenía por costumbre todas las noches arrodillarse delante de él después de desvertirse para rezar sus oraciones. Una noche, quince días próximamente después de haber visto yo a Salomé, estando acostado con los ojos parcialmente cerrados, vi a Rasaura que miraba con frecuencia hacia mí. Se levantó y caminando furtivamente se desnudó, luego vino y se arrodilló cerca de la cama como tenía por costumbre. Poco después puso una mano suavemente sobre la mía y dijo muy quedito:

¿Duermes, Pelino?

No recibiendo contestación levantó la otra mano, en que tenía un frasquito, lo destapó e inmediatamente se llenó el aposento M fuerte olor de la flor de pesadilla. Se inclinó sobre mí, me acercó el frasco a la nariz, luego me echó unas cuantas gotas en los labios y se alejó lanzando un gran suspiro de alivio. La droga no produjo ningún efecto en mí; por el contrario me sentí muy despierto y observé sus más leves movimientos mientras que exteriormente yo estaba tranquilo y como sumido en profundo sueño.

Rosaura se retiró a un asiento cerca de la mesa de tocador a alguna distancia de la cama. Sonrióse y parecía estar muy satisfecha. Luego abrió la cajitta de ébano de que ya he hablado, sacó de ella un tarrito de barro y lo colocó sobre la mesa. Súbitamente oí un ruido semejante al sonido de grandes alas; luego me pareció que bajaban del techo unos seres extraños; temblaron las paredes y oí voces que decían: hermana, hermana. Rosaura se levantó y se quitó la bata, luego sacando un-

güentos del tarro los extendió en las palmas de las manos, los pasó rápidamente por todo el cuerpo, por los brazos y las piernas, suprimiendo únicamente la cara. Al instante se cubrió de plumas de color de pizarra, en la cara únicamente no tenía plumas; al mismo tiempo le salieron de los hombros alas que se agitaban incesantemente. Salió precipitadamente, cerrando la puerta después; otra vez temblaron las paredes o parecieron temblar; oí el ruido de alas y junto con él agudas carcajadas, luego todo se tranquilizó. Al fin, lleno de asombro y de horror me olvidé de mí mismo y la miré fijamente con los ojos desencajados; pero en su precipitación salió sin dirigirme una mirada.

Desde mi entrevista con la curandera, la sospecha de que ya existía en mi mente de que mi mujer era uno de esos seres aborrecidos que poseen sabidurías sobrehumanas, que reservan y emplean sin duda para fines perversos, se había convertido en convicción. Y ahora que he satisfecho la peligrosa curiosidad que me había animado, que habla visto a mi mujer emplear las odiosas artes ocultas, ¡qué había yo de hacer! No paró ahí mi curiosidad y para inspirarme a obrar más, el odio que yo había abrigado en secreto hacía largo tiempo, se convirtió instantáneamente en un amargo y ardiente. deseo de vengarme de la mujer que había unido al mío su maldito destino.

Yo estaba desesperado y sin temor y ansiaba por estar de pie y en acción. De pronto se me ocurrió un extraño pensa, miento y dando un salto de la cama me saqué bruscamente la camisa y empecé a frotarme el cuerpo con el ungüento. Produjo en mí su misterioso efecto: instantáneamente me cubrí de azuladas plumas y sentí que tenía alas en los hombros. Pensé que quizá mi alma debía estar en el mismo estado que las de esos seres aborrecidos. Pero esta idea apenas me turbó, pues la ira me había enloquecido. Tornando un espadín estaba colgado en la pared, salí. La luna brillaba en el firmamento y la noche estaba casi tan clara como el día. Me sentía extrañamente ligero al caminar y apenas podía conservar los pies en el suelo. Levanté las alas y me elevé sin esfuerzo aparente a una gran altura por los aires. Sentí junto a mí una estridente carcajada, luego pasó por mi lado un ser alado como yo, con una velocidad comparada con la cual es lento el vuelo del halcón. Se-

guí y el aire tranquilo de la noche me azotaba el rostro cual si fuera un fuerte ventarrón. Eché una mirada hacia atrás para ver el Verro que parecía a aquella distancia un hilo de plata. Detrás de mí en el firmamento septentrional brillaba el grupo de las siete estrellas, pues volábamos hacia las nubes magallánicas. Pasamos por sobre vastas pampas desiertas, anchos ríos y cadenas de montañas de que nunca había oído yo hablar. Mi guía se desvaneció pero yo seguí adelante; las mismas estrellas brillaban ante mis ojos. De vez en cuando oía agudas carcajadas y oscuras formas pasaban como flechas por junto a mí. Entonces observé que descendían hacia la tierra lejana. Debajo de mí había un ancho lago y en su centro una isla, sus márgenes estaban cubiertas por espesos bosques de grandes árboles; pero el interior era una elevada llanura estéril y desolada. A ésta descendieron las aladas formas y yo con ellas sin soltar de la espada desnuda.

Bajé en medio de una ciudad rodeada por una muralla. Todo era oscuridad y silencio y las casas eran de piedras y vastísimas, cada una de las cuales estaba separada de las demás y rodeada por un ancho muro de piedra. La vista de estos grandes y tristes edificios, obra de otros tiempos, llenó mi alma de pavor y por un momento alejé de mí el recuerdo de Rosaura. Pero no me sentí sorprendido. Desde mi infancia me habían enseñado a creer en la existencia de aquella ciudad amada, buscada en vano, del desierto, fundada hace siglos por el obispo de Placencia y sus colonos misioneros; pero probablemente ya no era la habitación de cristianos. Lo que de ella no cuenta la historia, las cien tradiciones que yo había oído, la suerte de las expediciones que se habían enviado para descubrirla, y el horror que las tribus indias manifestaban a su respecto, todo parecía indicar que sobre ella descansaba algún poderoso influjo de una naturaleza sobrenatural y maligna. Los mismos elementos parecen haber pactado entre sí para protegerla de la curiosidad, si algún fundamento tiene la creencia popular de que al acercarse los hombres blancos tiembla la tierra, las aguas del lago se elevan en enormes olas que cubren las márgenes con encolerizadas espumas, en tanto que el firmamento se oscurece y los relámpagos

revelan gigantescas formas en las nubes El explorador se aleja aterrificado de tan mala región llamada por los indios Trapalanda.

Permanecí tranquilo algunos momentos en una calle ancha y silenciosa; pero muy pronto divisé una muchedumbre de gente alada que se dirigía precipitadamente hacia mí charlando y riendo y para evitarla, me escondí en la sombra de una vasta entrada abovedada de uno de los edificios. Al poco rato entraron y pasaron al interior del edificio sin verme. Recobré el valor y los seguí a cierta distancia. La galería me condujo en breve a una vasta pieza, tan larga que parecía una ancha avenida abovedada de piedra.

En torno, todo era oscuridad y soledad, pero en el extremo de la pieza que parecía estar a media milla distante de mí había una gran luz y una muchedumbre de gente. Estaban dando vuelta, bailando aparentemente y gritando y riendo como locos de atar.

El grupo que yo había seguido se había reunido ya probablemente con la muchedumbre, pues yo no lo veía. Las paredes, el piso, el elevado techo abovedado, eran de piedra negra. No había fuegos ni lámparas, pero en las paredes había pintadas figuras de yacarés, de caballos atravesando nubes de polvo, de indios peleando con hombres blancos, serpientes, remolinos de viento, llanuras incendiadas con avestruces que huían de las llamas, y cien cosas más; los hombres y animales estaban dibujados de tamaño natural, y los brillantes colores con que estaban pintados daban una luz fosforescente haciéndolos visibles y derramando una tenue media luz en la pieza. Me adelanté furtivamente con la espada en la mano sin desviarme del centro del piso, donde estaba muy oscuro, encontrándome a una diez varas por lo menos de las pintadas paredes de uno y otro lado. Al fin llegué a donde estaba acurrucada en el suelo delante de mí una figura negra. Al oír mis pasos se irguió, era un hombre alto con ojos cavernosos que brillaban como luciérnagas y de larga barba blanca que le llegaba a la cintura. Su único traje era un pedazo de cuero de guanaco atado al cuerpo y su amarillada piel estaba tan inmediatamente pegada sobre sus huesos, que más tenía de esqueleto que de ser viviente. Cuando me hube acercado a él

observé que tenía una cadena en los pies, y sintiéndome entonces muy valiente y sin cuidados, compadeciéndome de tan triste objeto, dije:

Anciano, ¿qué te ha traído aquí? Somos compañeros en la desgracia. ¿Quieres que te dé la libertad?

Clavó en mí su mirada un momento e inclinándose luego hacia adelante hasta que sus labios casi tocaban mi cara, murmuró:

Este es el infierno, ¿no lo sabéis? ¿Cómo vais a salir de él? Mira y con el dedo señaló por encima de mis hombros.

Pobre viejo, has perdido el sentido dije.

Nada me contestó, pero volvió a caer de cara al suelo. Al momento vi al lado mío a una mujer cubierta toda ella de plumas como yo, que se quedó mirándome con expresión de asombro y temor pintados en su rostro. Cuando yo di vuelta lanzó un grito agudo; alcé el arma, pero ella huyó hasta ponerse fuera de mi alcance. El anciano levantó la cabeza otra vez y me miré y luego señaló hacia la puerta por la cual había yo entrado. En el mismo instante tan aguda y rabiosa gritería resonó en el extremo de la pieza, que lleno de repentino terror me volví y me escapé.

Antes de que llegara yo a la puerta, una muchedumbre de mujeres aladas se me puso por delante; todas me miraban con rostros pálidos y furiosos; pero la gritería que oía detrás de mí se acercaba; no había otro medio de huir, y me precipité sobre ellas hiriéndolas furiosamente con mi espadín. Vi claramente caer a una mujer atravesada por mi arma y tres o cuatro más cayeron por el choque de mi cuerpo. Pasé por encima de ellas, di un salto y me eché a volar. Los agudos gritos de cólera no tardaron en extinguirse; yo me hallaba a grande altura dirigiéndome velozmente hacia el grupo de las siete estrellas, En este vuelo hacia mi morada me encontraba solo en el espacio; no encontré una forma oscura alada, ni rompió el silencio profundo ningún ruido. En un par de horas me encontré en mi distrito y ~i debajo el Verro reflejar la pálida luz de la luna.

Llegué a mi casa y entré en mi tranquilo aposento, donde todavía ardía sobre la mesa de tocador la vela que Rosaura había dejado allí. Entonces empecé a sentir una terrible excitación, pues a cada instante

esperaba la llegada de mí mujer. Lo dispuse todo con cautela como ella lo había dejado. Me olvidé por un momento de las alas y las plumas que me cubrían. ¡Justo cielo! ¿Cómo deshacerme de ellas? Procuré arrancarme las plumas con las manos, pero las tenía profundamente enterradas en las carnes. Quizá desaparezcan por sí cuando rompa el alba. La noche empezaba a decaer; con la agonía del miedo me escondí debajo de la ropa de cama. Mi desesperado valor me abandonaba; yo estaba enteramente a la merced de Rosaura, y sin duda iba a saciar en mí su sed de espantosa venganza. En tan miserable estado pasé otra hora; pero ella no llegaba, y mi terror y mi angustia crecían por momentos hasta que ya casi no pude aguantar más. De pronto oí ruido de alas; y al rato los cautelosos pasos de varias personas en la pieza que estaba junto a la mía. Luego oí voces que hablaban muy quedo.

Dejadme sola ya, hermana dijo una.

Sí, hermana replicó otra; pero, mira que es tarde; anda pronto, y si no puedes ocultarlo, di que fue un accidente un sueño que él lo hizo... cualquier cosa, con tal de que te salves.

Luego, el silencio.

Abrióse la puerta lentamente. Un sudor de terror me bañaba la frente. Cerré los ojos. Iba a levantarme aturdido y a entregarme inmediatamente a la merced de mi esposa. Volví a mirar y la vi en el cuarto con cara color ceniza, le temblaban las piernas, y la sangre le salía del pecho. Se sentó tambaleándose, respiraba con dificultad; con trémulas manos volvió a abrir la cajita de ébano y sacó de ella otro tarrito de barro. Sacó un poco de unguento y se frotó el cuerpo. Se pasó suavemente las manos desde, los hombros hacia abajo, y las plumas desaparecieron, pero la sangre continuaba saliendo de su herido pecho. Tomó un vestido que tenía al lado y procuró cubrirse. El horror y la alucinación que se habían apoderado de mi alma, hicieron que me olvidara de todo. Me había sentado en el lecho y la miraba fijamente con ojos de espanto, cuando ella dirigió su vista hacia mí. Dio un salto de su asiento lanzando un terrible grito, luego cayó de espaldas al suelo, suspirando. Por algún tiempo no me atreví a acercarme a ella; luego oí

que golpeaban la puerta y que mis criados llamaban. Corrí a la puerta y la cerré con llave.

Vayan ustedes a acostarse grité; la señora ha tenido una pesadilla, no hay más.

Los criados se retiraron. Inmediatamente me unté el cuerpo con la pomada del segundo tarro, y volví a mi estado anterior. Examiné a Rosaura y vi que estaba muerta. Era horrible la muerte que tuvo; pero no por eso sentí compasión ni remordimiento, aunque estaba convencido de que mi propia mano le había infligido la herida mortal. Me vestí y me senté para meditar sobre mi situación. Hacía tiempo que había amanecido, y el sol que penetraba en aquella pieza me recordó la necesidad de ponerme en acción. A mis pies yacía mi mujer; una expresión de horror y de angustia le desfiguraba el rostro todavía, la sangre seguía saliéndole lentamente del pecho herido; pero era mi desesperación tan grande que me impedía tomar una resolución. ¿Qué diría el mundo cuando llegara a ver aquel aposento manchado de sangre? ¿Huiría de la suerte que me esperaba como asesino? Era ya tarde; además mi huída me proclamaría culpable en seguida y yo no era culpable. Me prenderían y me darían una horrible muerte. ¿No sería mejor decir la pura verdad, contestar al ser interrogado?

Soy culpable, y no lo soy; y contar después las maravillosas circunstancias. ¿Creerían esta historia? Quizá, pero de nada me serviría. La acusación pues me formarían seguramente un proceso por asesinato diría que era buena mi invención y que estaba muy versado en leyendas y supersticiones, y ningún juez tendría valor para absolverme.

Seguía sentado, incapaz de decidir nada, cuando oí hablar formalmente, pasos que se acercaban con rapidez, y luego que llamaba recio a la puerta. Era mi suegro que venía a sorprendernos con una visita matinal. Reconocí su voz, aunque estaba lleno de alarma, pues ya le habían dicho los criados lo que habían oído. Iba a ponerme de pie para abrir, pues era imposible ocultarme ya, cuando cedió la frágil cerradura y la puerta se abrió de par en par. Roldán entró, miré horrorizado unos momentos, mientras que los criados que entraron detrás de él dejaban escapar grandes exclamaciones.

¡Rosaura, hija querida! exclamó el anciano por fin. ¡Muerta, asesinada! ¡Explica esto, Pelino, por Dios, explícate!

Le diré que en un acceso de cólera se dio una puñalada, pensé; inmediatamente comprendí que no convenía, pues jamás vio nadie encolerizada a Rosaura. Roldán observó mi vacilación.

¡Asesino! gritó, dando un salto hacia adelante y asiéndome fuertemente por un brazo. Se apoderé súbitamente de mí una rabia irresistible y olvidé toda prudencia. Me puse de pie y lo alejé de mí, sacudiéndolo violentamente.

¡Atrás! exclamé. ¡Sepa usted, viejo chocho miserable, que esta es su obra! Cuando conseguí escaparme de las astucias de su odiosa hija, ¿quién sino usted me arrastró otra vez a su lado? ¡Maldito sea el día en que lo vi a usted por primera vez, y a este monstruo infernal de hermosa careta! ¡Este es el resultado de su mediación!

Estas frenéticas palabras me destruían, pues equivalían a una confesión de culpabilidad. Agobiado por la desesperación, me dejé caer de nuevo en mi asiento. Roldán retrocedió hasta la puerta, mandó precipitadamente a un criado en busca del alcalde, y tomó sus medidas para que yo no fuera a escaparme.

No tardó en llegar el alcalde; fui formalmente acusado y enviado a Buenos Aires; siguió el proceso y la sentencia. No se omitió nada de cuanto podía decirse en mi defensa, pero todo fue en vano. Si en el momento oportuno hubiese yo fingido un pesar que no sentía, hubiese contado la historia que mi abogado inventó después para explicar la muerte de Rosaura, me hubiera salvado. Pero después de la conducta que observé para con mi suegro, cuando entró en el aposento ensangrentado, de nada podía servirme. Yo no espero que nada se interponga entre mí y el banquillo fatal.

Dentro de poco mi familia conocerá mi suerte, y esto es para mí una grande amargura; para mi familia escribo esta relación; cuando la lean se convencerán los míos de que no soy un asesino. Accidentalmente le planté el talón encima a una víbora ponzoñosa, y la aplasté tal es el crimen que he cometido.

Es duro morir tan joven, pero la vida no tendría para mí los atractivos que en otros tiempos tenía. Algunas veces, no pudiendo pegar los ojos por la noche, me pongo a pensar en las grandes llanuras, hasta que casi me imagino oír los lejanos mugidos del ganado, el vespertino canto de la perdiz; acabo siempre por derramar abundantes lágrimas. Sería muy triste vivir lejos de la dulce vida que yo conocía, errar entre extranjeros en remotas tierras, perseguido siempre por el recuerdo de la terrible tragedia.

Se lo he contado todo a mi confesor; la extraña expresión de su cara me dice que no me cree del todo, y piensa quizá que en el último momento le voy a declarar que todo ha sido una pura invención. Cuando yo esté en el banquillo, con los ojos vendados; cuando los fusiles estén apuntándome al pecho, y tenga que retirarse de mi lado, entonces sabrá que no le he dicho más que la verdad; ¿pues quién ha de querer morir con el peso de un gran crimen sobre el alma?

Que para hacerme justicia escriba mi confesor aquí, al final de esta confesión, antes de mandarla a mi desdichado padre, que está en Portugal, si él cree que he dicho la verdad.